

3 de octubre de 2010

Despedidas

Estaba yo aquella tarde sentado en un banco de la terminal de autobuses de largo recorrido de mi ciudad. Esperaba una visita de una amiga y me había dicho que llegaría a las 7 de la tarde. Yo, que no había calculado bien el tiempo, estaba allí con un poco de antelación así que me senté en aquel banco que, según anunciaban los paneles informativos luminosos, de "Llegadas", estaba cercano al lugar donde aparcaría el autobús que traería a mi amiga.

Al principio me entretuve mirando los anuncios de publicidad que estaban repartidos por la estación, pero los carteles publicitarios son grandes y pronto acabe con sus mensajes. Me puse a mirar las razas urbanas que por allá pululaban, pero pronto me di cuenta de que era mucho más interesante fisgar a las parejas que se disponían a despedirse con el firme propósito de, luego, extraer conclusiones de lo percibido.

Primero me fijé en una pareja de sudamericanos. No paraban de mirar al interior de un cochecito de niño en el que, sin duda alguna, estaba su hijo lactante. Ella sujetaba el carro y el no cesaba de introducir su mano en el mismo como queriendo hacer las últimas caricias a su retoño; a ratos miraba a su mujer

sonriéndola; a ratos su cara mostraba incertidumbre ante el futuro que se les avecinaba.

Mi cabeza no dejo de imaginar cosas, pero parecía lo más normal que él hubiera encontrado un trabajo lejos y que se marchara. Pensé hasta qué punto esa separación sería buena para su relación puesto que la distancia mata el amor más a menudo de lo que pensamos, pero, como contrapunto, tenía claro que igual de cierto es que las dificultades económicas también son asesinas frecuentes de la vida de las parejas. Sentí cierta intranquilidad al pensar en el futuro de aquel trío y, aunque lo intenté, no fui capaz de obtener ningún dato que me predijera si aquella marcha traería estabilidad o, por el contrario, sería la tempestad que rompiese la hasta entonces aparentemente sólida embarcación que parecían formar quienes ante mí estaban.

A escasos pasos de ellos otra pareja destacaba entre las demás. Calculo que ella no tendría más de veintidós años, y él no le andaba a la zaga; es más, yo diría que aquel muchacho era aún más joven que ella. Sus atuendos eran negros, de arriba abajo; sólo un aro metálico que él portaba en el tabique nasal y los apoyos azules que tenían sus muletas diferían de ese monográfico color. Porque, efectivamente, el chico usaba muletas para sujetarse y para dar los pocos pasos que anduvo mientras yo los espiaba. Sus andares eran extraños y llamaban más la atención

por tratarse de una persona joven. Yo diría que padecía una espina bífida en un grado que le permitía desplazarse, pero no sin la ayuda que constituían sus muletas. Evidentemente tener que sujetar las muletas, o asirse a ellas mientras no se movía, impedía que se diesen la mano de una forma estándar; de esta manera él levantaba sus cuatro últimos dedos, como dirigiéndolos hacia el lado donde se encontraba la chica y dejaba que ella deslizara por debajo de los mismos los de su mano, ofreciendo una imagen que, a poco que se pusiera atención, delataba la forma especial que habían inventado para transmitirse sus sentimientos.

Al principio no podía saber quién de los dos era el que se marchaba y quién el que se quedaba, pero pronto salí de la duda porque ella se iba acercando imperceptiblemente, como queriendo que él no se enterase de que debía irse, como queriendo no hacerle sufrir por esa separación que era inminente ya que según marcaba el reloj apenas quedaban tres minutos para la partida del autobús y, porque, cómo era de esperar, el chófer alzaba la voz para comunicar que los viajeros debían ir subiendo porque el autobús estaba preparado para irse. En ese proceso de acercamiento, de pasos minúsculos, él no cejaba y, si ella avanzaba algo y le daba la espalda, él movía un poco sus muletas, se afianzaba en su nueva posición y, haciendo un malabarismo que a mí se me antojaba peligroso, alzaba sus dedos, seguramente

que plagados de callos por el apoyo, hacia el cuello de ella hasta que conseguía acariciarla un poco, un leve roce al que ella respondía volviéndose, sonriéndole de nuevo y rozando con sus labios los de él.

La escena se me antojó tierna, más que la de los sudamericanos, y lanzando al vuelo mi imaginación pensé si aquello sería amar o depender. Me pregunté a mí mismo cómo llevaría la ausencia aquel "heavy" tan peculiar, también por qué ella sería la novia de él, qué habría visto que le gustara tanto de él. Notando que mi admiración por la chica crecía en mi interior me pregunté, como me había ocurrido en el caso de los sudamericanos, si esa separación sería la definitiva, si no sería una salida que ella se había buscado para solucionar un error que había cometido al enamorarse de él por piedad. Me pregunté si no sería precisamente lo contrario, es decir, que la marcha afianzara la relación especial que ambos mantenían. No pude reprimir una sensación de repudio hacia mí mismo por ser facilón y pensar que ella le amaba pero sólo por piedad, ¿quién era yo para opinar lo mejor o lo peor de las personas?

Finalmente la muchacha subió al autobús y se colocó en uno de los asientos que daban justo al lugar donde nosotros, el heavy, la sudamericana con su hijito y yo, nos encontrábamos. Vi cómo él, ahora, le mandaba besos con la mano, primero besándose los

dedos y luego separando de la boca la mano y dirigiéndola al lugar del autobús que ella ocupaba mandándole el beso con un soplo; a mí se antojó que era como si hubiera vuelto a su infancia y fuera a su madre a quien despidiera mandándole besitos al aire.

El autobús salió y, nada más que lo hizo, el "heavy" se fue con su marcha bífida, insegura, tal vez como si aquella forma de andar fuera el mejor reflejo de su relación amorosa.

Me quedé pensando en lo complejo de nuestras vidas, en cuánto de lo que mi mente había imaginado sería cierto y cuanto pura inventiva. La llegada del autobús en que venía mi amiga me sacó de mis pensamientos fútiles y, nada más divisar que salía del autobús, dejé de llevarme por tan absurdos pensamientos para concentrarme en ella y en mi supuesta función de cicerone receptor de turistas.

Por mí había dado por finalizada mi espera y ahí se hubiera acabado todo si no llega a ser porque ayer, es decir, tres semanas después de la fecha en que estuve solitariamente esperando en un banco de una terminal de autobuses de larga distancia, vi de nuevo a la pareja de negro. Iban juntos, con ese contacto extraño que era ese entrelazar de dedos que habían mostrado en la estación; marchaban sonrientes, tranquilos y, parecía que disfrutando de la vida que había sido benevolente con

su amor. En ese momento di rienda suelta a mi memoria y me acorde de lo agorero que me solía sentir respecto al futuro, y tuve que reconocer que, a veces, por lo menos a veces, la vida es mejor que lo que yo pienso que es.

Mi optimismo subiría mucho si, un día de estos, veo a la sudamericana con el cochecito agarrado con una mano y de la otra llevan al marido a su lado.